

## ARTÍCULOS



# El lenguaje coloquial juvenil

---

*César Hernández Alonso*

El hombre es el lenguaje. A través de esa facultad casi divina del ser humano, en una de sus realizaciones o lenguas, obtenemos una concepción o sentido de la vida y de las cosas, en una lengua pensamos, nos expresamos y aun sentimos.

La lengua es el soporte de la convivencia y el factor que da cohesión a una comunidad lingüística; ella es el molde de la cultura y de la civilización; es, en fin, el elemento que presta cierta unidad conceptual a la gente que habla.

Por la lengua somos hombres y en ella nos hacemos y entendemos. Pero encierra en sí una tremenda paradoja: Por un lado, ella es la ventana de la mayor libertad expresiva del hombre, la que nadie puede cerrar -aunque en determinadas circunstancias sólo se pueda hacer uso del pensamiento verbalizado, de la palabra interior-; y por otro es, como dijo Manuel Alvar<sup>1</sup>, "la cárcel que nos ahorma y nos coarta". Nadie puede elegir la lengua en que nace y se forma, nadie es capaz de modificar intencionalmente ni un ápice la lengua si no es a riesgo de no ser entendido; y sin embargo, sólo los hablantes en su actuación lingüística la renuevan, le dan dinamismo y vitalidad, la hacen cambiar.

Podemos, sí, romper algunas normas o convenciones de la lengua, pero el sistema general, el armazón que la sustenta, queda invariable. Permite un símil: somos capaces de cambiar los tabiques, las puertas de la casa, decorar o estropear los elementos aparentes, pero no podemos modificar la estructura, el armazón ni los cimientos de ese impresionante edificio, de ese gran tesoro que poseemos.

En la realización de la lengua se pueden reconocer unas normas diferentes, unas variedades y particularidades diatópicas (condicionadas por el lugar), diastráticas (de carácter sociocultural) y diafásicas (de estilo propio). Por encima de todas ellas está la norma general o estándar, un hecho social que condiciona la vida de toda la comunidad que habla una lengua, y que viene a servir de *koiné* a todos los hispanohablantes<sup>2</sup>, caracterizada por una estabilidad flexible y normalizada, con un importante arraigo y prestigio en la comunidad, base de una función unificadora de quienes la usan, que da identidad a un vastísimo grupo de usuarios y es soporte de la creación y difusión cultural.

Pero al lado de esa norma general aparecen una serie de variedades lingüísticas, como anticipábamos. Y hoy nos vamos a ocupar aquí de la expresión popular-coloquial hablada, centrándonos después

---

<sup>1</sup> ALVAR, M. *La lengua como libertad*. Madrid, 1982, pp. 13 y ss.

<sup>2</sup> Cf. mi artículo "Normas lingüísticas y estandarización del español" en *Letras de Deusto*, 18, nº 40, 1988. pp.47-65.

en una de sus ramificaciones, la juvenil. En este registro lingüístico, en ese nivel de habla informal, espontáneo y riquísimo nos centraremos.

1.- La expresión popular coloquial es la manera de comunicarnos más espontánea, vital, ágil, expresiva e imaginativa de la lengua y, además, es la que con mayor frecuencia utilizamos. Nada hay que nos permita mayor libertad de manifestación que la expresión hablada. En ella volcamos nuestro ser, nuestras preocupaciones e inquietudes, nuestra manera de pensar y de estar en la vida. En realidad es una expresión muy subjetiva, y por eso mismo de extraordinaria riqueza.

Comenzaremos por señalar, de manera sintética, los factores más notables que condicionan toda expresión coloquial popular oral de manera sintética <sup>3</sup>.

La comunicación popular oral está condicionada por tres tipos de factores: unos **psicolingüísticos**, otros **sociolingüísticos** y unos terceros puramente **lingüísticos**, que mediatizan el lenguaje y aun el entendimiento entre los interlocutores. Es más, todos ellos imponen una determinada forma de expresión y una forma de contenido, es decir, un conjunto de signos determinados, unos códigos.

Entre los factores **psicolingüísticos** destacaremos los siguientes:

1.- **Afectividad** muy acusada, que se manifiesta y/o resuelve en diversos rasgos, como son un automatismo en la expresión, una actitud psíquica más o menos relajada de los hablantes, espontaneidad comunicativa, improvisación, y la superposición y potenciación de códigos diferentes (verbal, cinésico,...), etc.

En este factor influye extraordinariamente el tipo de relación entre los hablantes, la situación psíquica de los mismos y la intención que lleva el mensaje.

Todo ello se refrenda y manifiesta en unos rasgos lingüísticos -aquí apenas podemos ni enumerarlos- que afectan a los diversos niveles de la lengua, y de los que no podemos olvidar, al menos, la entonación, muy modulada, la abundancia de interjecciones y frases exclamativas, la dislocación sintáctica, el orden subjetivo de los elementos dentro de la oración, dando relieve a los que se quieren enfatizar, la sufijación, especialmente de diminutivos, las estructuras sintácticas truncadas, los abundantísimos recursos léxicos y semánticos, como la hipérbole, ironía, eufemismos, metáforas, muletillas, comodines, frases estereotipadas, etc. Asimismo en las fórmulas de relleno <sup>4</sup>, que sirven para reafirmar el yo (*te lo digo yo, no es porque yo lo diga*, etc.), o en las construcciones estereotipadas de carácter enfático (*ya lo creo, vaya que sí, hombre que sí, ¿cómo que no?, toma claro, que para qué, de lo lindo, de morirse, como la copa de un pino*, etc.), son manifestaciones de este factor de la comunicación.

2.- Un segundo factor psicolingüístico motor de este tipo de comunicación, de este registro, es la **ley del "mínimo esfuerzo"**. Por aquella actitud relajada de los interlocutores, que ya anunciábamos, en el coloquio se percibe una clara tendencia a la "economía lingüística", a la síntesis comunicativa, a la concreción del mensaje; lo que contrasta en ocasiones con la facundia verbal, la repetición, las paráfrasis de una simple idea, etc.

Pero ese contraste no puede extrañarnos: Es la confirmación del carácter vital y expresivo de este modo de comunicarse, lleno de contrastes como la vida misma, como la misma persona hablante. Ahí es donde se ve la ausencia de depuración -real o aparente-, la falta de estudiada lógica de tales mensajes.

Y esa ley del "mínimo esfuerzo" o de comodidad se plasma asimismo en un coloquio rápido, en la participación conjunta y aun simultánea de varios hablantes a un tiempo, en la transmisión de un mensaje fragmentario, en las abundantes imprecisiones y vacilaciones, que provocan no pocas reiteracio-

---

<sup>3</sup> En los próximos puntos sigo de cerca mi trabajo "El español popular y su adaptación literaria", *Lingüística Antverpensis*, XXIII, 1989, pp. 83-100.

<sup>4</sup> Cf. VIGARA TAUSTE, Ana M<sup>a</sup>, *Aspectos del español hablado*, Madrid.

nes, y una comunicación entrecortada.

Todo esto lo vemos en la extraordinaria abundancia de frases nominales, excelente recurso de síntesis expresiva, en tantas frases hechas desemantizadas, en las muletillas, comodines, refranes, adagios y dichos populares casi siempre recortados por consabidos, en las oraciones sincopadas, en las faltas de concordancia de género, en la abundancia de palabras deformadas por apócope (*Teo, Filo, poli, metro, pa,...*), por aféresis (*Fito, Taquio, amos,...*) y contracciones (*Maite, taburres, pallá,...*), en las frases sincopadas y apocopadas, etc.

3.- Un tercer factor que condiciona la comunicación popular es la **participación activa del receptor**. En el coloquio el oyente es fundamentalmente un elemento activo. No sólo decodifica el mensaje transmitido, sino que, conocedor de parte de él, cierra su mente en un momento determinado, sale al paso de lo transmitido y recodifica parcialmente el mensaje que él mismo recibe. Así pues, lo que entiende es una suma de "parte del mensaje emitido más un mensaje autoenviado y recodificado más conocimientos del contexto y situación". Es decir, algo sólo parecido a lo que se le quería decir, distante de aquello pero suficientemente evocador para entender al emisor. Nuestra comunicación es imperfecta, imprecisa, pero suficiente. Y eso es porque no solemos escuchar todo el mensaje emitido, por el afán de participar en el coloquio, por una mayor rapidez de la mente que de la expresión y por el "egocentrismo" propio de la comunicación.

Consecuencias palpables de este factor son la agilidad y rapidez del coloquio, una dialéctica elemental, el afán de imponer la opinión personal y los mensajes entrecortados y fragmentarios.

4.- Un nuevo factor psicolingüístico del coloquio es su carácter **conativo**, es decir, el intento de impresionar al interlocutor, de ganar su atención e interés, en una palabra, de "dominar la comunicación". Este rasgo lo percibimos clarísimamente en lo que llamamos la **actualización del relato**. El hablante, cuando trata de contar algo, aunque sea insustancial, intenta ponerlo histriónicamente en presencia del oyente. De ahí las abundantes narraciones en estilo directo, que actualizan lo pasado. Ejemplo:

*El otro día me encuentro con fulano y va y me dice: -¿Sabes lo que le ha ocurrido a Pepe? y yo: - No sé nada, cuenta, cuenta. Cuando de repente aparece su hermano y tercia: -No creas que ha sido tanto, que anda por ahí como si nada..., etc.*

He aquí una puesta en escena - constante en el coloquio- que trata de dar veracidad, vida y acción a cualquier episodio, aunque sea nimio. Vida y teatro para dar relieve y presentar en el proscenio a unos personajes y un acontecimiento.

Junto a ello encontramos abundantes fórmulas de función apelativa o conativa, las típicas del estilo directo y del llamado estilo indirecto libre, determinadas formas verbales características de esta mecánica, escasez del subjuntivo, predominio de la coordinación sobre la subordinación compleja, vocativos, repeticiones, etc.

5.- Un último factor psicolingüístico que cuenta extraordinariamente en el coloquio es la **personalidad y estado emocional de los hablantes**. Los caracteres de los interlocutores imponen a la comunicación un ritmo, una dirección, un predominio de ciertos enfoques, etc. Y junto a ello las ideologías, cosmovisiones, cultura, mentalidad y circunstancias favorecerán una determinada forma de expresión u otra, condicionarán unos temas y su enfoque u otros, impondrán un léxico u otro distinto. En este mismo sentido también intervienen los factores de edad, sexo y procedencia de los hablantes.

A todos estos factores enunciados añadiríamos una serie de "variables", consecuencia de aquellos, como son el egoísmo de la comunicación oral coloquial, la abundante deixis o señalización *ad oculos* con la correspondiente abundancia de demostrativos y adverbios situacionales, etc.

Entre los factores **sociolingüísticos** que condicionan este tipo de comunicación coloquial popular enunciaremos solamente los que parecen más destacados:

1.- El **contexto verbal y extraverbal** de los interlocutores y del mensaje. No olvidemos que

es el contexto el que decide la palabra que usamos, el que le da el significado definitivo, o se lo cambia, el que hace que el signo sea auténticamente signo.<sup>5</sup>

Por un lado está el "entorno espacio-temporal", que mediatiza totalmente la expresión, el tema y las formas de la comunicación, que nos obliga a distinguir de entrada entre registro rural y registro urbano, con todas las matizaciones que esa distinción exige. Evidente es también, en este sentido, el fenómeno de **la moda** en el léxico y de los estereotipos que quedan *demodés* en un plazo breve, dejando algunas huellas depuradas en la lengua de épocas posteriores. En una época, todo lo extraordinario recibía el calificativo de *monumental*, luego fue *imponente*, *impresionante*, *super*, *increíble*, *mortal de necesidad*, etc. Ese entorno del que venimos hablando se manifiesta también en los adverbios deícticos, en la forma de concebir las cosas, en el uso de los pronombres personales, en las peculiaridades regionales o locales, etc.

Por otro lado tenemos el **contexto verbal**, que abarca todo el decurso envolvente de los signos y que condiciona el significado de aquellos como factor esencial; así como "el universo del discurso", que mediatiza el significado de los signos según el bloque de contenidos a los que pertenecen y el mundo temático del que forman parte: *parada*, por ejemplo, tiene diferente significado en una conversación de fútbol que en una de tema militar, referido a relaciones de animales o a diversos medios de transporte.

2.- Un segundo factor sociolingüístico importante es la **situación** de la comunicación, así como la relación entre los hablantes, que marcará la espontaneidad o la ponderación de una conversación, la osadía desenfadada o la prudencia inhibitoria, la presencia de eufemismos y fórmulas de cortesía o el descuidado uso de imprecaciones, tacsos y opiniones.

Una variante de este factor es la cultura y la formación de los hablantes, íntimamente relacionadas con el factor sociocultural, el medio y los modos de vida.

Entre los factores que hemos llamado **puramente lingüísticos** nos referimos solamente al **tema**, como rasgo esencial de la coherencia del mensaje, y a la intención comunicativa o del mensaje en cada momento, que condicionan de manera importante el coloquio.

1.- No podemos olvidar que el **tema** es el que presta unidad al mensaje y lo aglutina. Esta coherencia puede manifestarse a través de distintos medios o recursos lingüísticos, como las relaciones semánticas entre los componentes del mensaje, el encadenamiento de éstos en un entramado de preguntas y respuestas, en el mantenimiento de la comunicación con asentimientos, rechazos, acotaciones, interpelaciones, etc., en la repetición de una serie de elementos básicos (pronombres, sinónimos, hiperónimos,...), en lo que Danès<sup>6</sup> llama la progresión temática (relaciones tema-remas), en la ordenación de los deícticos, en la reiteración de personajes, etc.

Es claro que los temas pueden ser muy diferentes, y que en un coloquio a veces se suceden, interpolan y juxtaponen los más diversos; pero generalmente en cada coloquio puede encontrarse un microsistema formado por núcleo temático y subtemas explicativos, amplificativos, ilustrativos y marginales.

La entidad y enjundia de los temas condiciona el léxico, la expresión, la espontaneidad, la agilidad del coloquio, la inhibición de los participantes, etc.

2.- Otro factor lingüístico en el que entran en juego **la intención del hablante y del mensaje** nos estamos refiriendo a las llamadas **funciones del lenguaje**.<sup>7</sup>

Parece claro que en la comunicación oral coloquial destacan los elementos con función expresiva,

---

<sup>5</sup> Cf. COSERIU, E. "Determinación y entorno" en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, 1962, pp. 282 y ss.

<sup>6</sup> DANES (y otros), *Probleme der Text Grammatik*, Berlín, Akademie Verlag, 1976.

<sup>7</sup> Cf. nuestro artículo "Replanteamiento de las funciones del lenguaje", *Homenaje a A.Candau*, Universidad de Valladolid, 1988, pp. 149-170.

conativa y fática, que envuelven a los de función representativa, anulan prácticamente a la metalingüística y apenas comparten con rasgos de función poética.

En realidad es la normal consecuencia de una comunicación directa, donde prima la relación de los interlocutores sobre el mensaje y se hace imprescindible mantener, cambiar, interrumpir o reiniciar el hilo de la comunicación, al tiempo que se trata de impresionar al oyente.

La función **expresiva** se plasma en un gran número de signos lingüísticos, segmentales y suprasegmentales (vocativos, interjecciones, diminutivos, adjetivación, orden de las palabras, tono...), y en muchos casos se apoya en elementos formularios, estereotipados y lexicalizados. La subfunción catártica no ocupa un primer plano en el coloquio, pero también a veces aparece.

La función **conativa** es esencial en este tipo de comunicación, pues es evidente que el hablante trata de *frapper* al oyente, llamar su atención, convencerle de algo, o imbuirle una opinión. Y así la encontraremos en numerosos rasgos lingüísticos, desde las interjecciones específicas, vocativos, pronombres personales (*eh, tú!*), a los imperativos (*no me diga, imagine, dime tú, calcule usted, oiga, mire usted, ...*), interrogaciones retóricas, determinados tonos, fórmulas para ganar la adhesión (*y usted lo sabe igual que yo, tú ya me conoces, dices tú y dices bien, ...*).

Y son abundantísimos asimismo los elementos de la lengua que manifiestan la función **fática** o de contacto, que prolongan, cambian, o interrumpen la comunicación. Comodines, muletillas, expresiones de relleno, estereotipos para prolongar y detener la comunicación. Ejemplos del tipo *sigue, sigue, ¿eh?, ¿sabes?, ¿entiendes?, por cierto, oye...* aparecen constantemente en cualquier coloquio popular oral. Según el lugar que ocupen en el diálogo predominarán las fórmulas de réplica, asentimiento, rechazo,... o las de ratificación, reafirmación, "ralentizadoras" y de cambio del tema. Esta misma función la encontramos en los soportes convencionales elocutivos como *o sea, esto, es decir, en fin, pues, que, que si tal y que si cual, y dice, digo, etc.*

Estos son, sintéticamente expresados, los principales factores que, a nuestro entender, condicionan, mediatizan y enmarcan la comunicación coloquial popular oral en general, que refrendan la afectividad, expresividad, vida y dinamismo del coloquio, y que vemos plasmados en todas las muestras que hemos estudiado.

II. Mas es bien sabido que la lengua posee una función social <sup>8</sup> y es un fenómeno que fija relaciones entre los grupos sociales <sup>9</sup>. Aún más, la lengua se ha utilizado a lo largo de los tiempos con muy diversas intenciones y fines. Uno de ellos es, por ser vehículo cultural, el de marcar diferencias respecto a la cultura oficial. Y ese carácter tiene, entre otros, la "lengua juvenil" en la que vamos a centrarnos, una variante de nuestra lengua que nos inunda y se deja oír machaconamente, de la "lengua juvenil", que no es sino una variedad del registro coloquial popular, si bien con importantes caracteres propios.

No podemos cerrar los ojos a ese fenómeno -ni a ningún otro, pues *humani sumus et nihil humani alienum a me puto-*, ya que la sociedad concede cada día un papel más influyente a los jóvenes. Tampoco tiene sentido rechazar o menospreciar, con criterios puristas y ciegos, el modo de hablar de nuestra juventud, criticando unos supuestos defectos, sin pararnos a pensar con calma en ello.

Actualmente en nuestra España la población juvenil, los que tienen menos de unos 28 ó 30 años, suponen aproximadamente el 50% de la población. Y, por otra parte, cada día son más los adultos que imitan a la juventud.

La creación de una jerga o argot o modo de hablar por parte de un grupo social -en este caso la ju-

<sup>8</sup> Cf. HALLIDAY, M.A.K. *Exploraciones sobre las funciones del lenguaje*. Barcelona, 1982.

<sup>9</sup> Cf. HALLIDAY, M.A.K. *Exploraciones sobre las funciones del lenguaje*. Barcelona, 1982.

ventud- se ha dado casi siempre con mayor o menor intensidad y con menor o mayor éxito aquí y en todos los países del mundo hispánico.

Es cierto que no toda la juventud habla de la misma manera y que la lengua juvenil no es un modo de hablar uniforme y homogéneo <sup>10</sup>.

Por un lado, en determinadas circunstancias y ocasiones, el habla de los jóvenes se acomoda a la forma estándar; por otro, un amplio grupo de jóvenes se expresa preferentemente en esa norma convencional, si bien diluyen en ella con frecuencia frases, fórmulas y léxico propio de la llamada "lengua juvenil".

Pero nos importa aquí señalar que un abundantísimo grupo de jóvenes utilizan habitualmente una especie de jerga específica, un sociolecto que va infiltrándose en la expresión coloquial de casi todos y que dejará alguna huella en la historia de la lengua. <sup>11</sup>

Se caracteriza por su valor contractual y desmitificador de la cultura oficial, es anticonvencional, con tintes muy realistas, llena de humor e ironía y busca librarse de estereotipos, aunque cae en otros; y actúa como una marca distintiva del grupo, al que da cohesión. En ocasiones tiene la apariencia de ser un "antilinguaje", pero especialmente expresivo y comunicativo. Es un lenguaje agresivo, ingenioso e hiperbólico.

Es cierto que en esa jerga juvenil hay rasgos vulgares, pero no sólo eso. Hay mucho más. Es, a fin de cuentas, una de las principales manifestaciones de un importante cambio generacional, la muestra de un cambio cultural promovido por la juventud desde los años 60, con nuevas manifestaciones estéticas en música, en formas de vida, en vestir, en relaciones y en expresarse.

Es, sí, una variedad lingüística <sup>12</sup> muy creativa y en continua ebullición, heredera de lo que en otro tiempo se llamó "lenguaje del rollo", "cheli" o "pasota", que tuvo sus orígenes en aquel ya viejo "rollo" rockero de la década de los 60 <sup>13</sup>, heredero a su vez del movimiento estadounidense de los "rebeldes sin causa". Lenguaje que correspondía claramente a una "cultura *underground*" o marginal, que organizaba muchísimas actividades y proyectaba otro modo diferente de concebir la vida. En España prosperó, sobre todo, en los años 70. Probablemente fue Sevilla, según Jesús Ordovás <sup>14</sup> y Antonio Burgos, la cuna de ese nuevo lenguaje, a raíz de su proclamación del "Manifiesto del borde" por Gonzalo y Smash.

Pero lo importante es que hoy ese lenguaje del rollo no está relegado a un grupo marginal, sino que ha pasado a formar parte de los hábitos expresivos de una gran parte de la juventud, en diferente proporción según los casos. De ahí su importancia sociológica y el interés que tiene para la lingüística, desde la que se han hecho varios estudios.

1.- Abordaremos ahora brevemente los principales rasgos que caracterizan esta variedad de lengua. Y empezaremos por el nivel más llamativo y relevante, el **léxico** y los recursos expresivos léxico-semánticos utilizados:

Advertiremos que el vocabulario de esta variedad de "lengua juvenil" es pobre, en general, aunque en ocasiones aparenta lo contrario. Se limita, básicamente, a los siguientes campos o esferas conceptuales: la droga (personas, productos, efectos, actividades relacionadas...), la política, la música, el "rollo", el dinero, el sexo, la cárcel, actividades intelectuales, palabras "comodín" y frases hechas, partículas y muletillas usadas constantemente, y poco más.

Toma términos de algunos argots, principalmente del sevillano y madrileño, del léxico de la delin-

---

<sup>10</sup> Cf. CASADO, Manuel, "Léxico e ideología en la lengua juvenil", en F. Rodríguez González (ed.), *Comunicación y lenguaje juvenil*, Ed. Fundamentos. Barcelona, 1988. pp. 167.

<sup>11</sup> Por supuesto que no es habla específica de los jóvenes urbanos, aunque sea mucho más abundante entre ellos que en el ámbito rural, y de ningún modo podemos pensar que está reducida a las llamadas tribus urbanas (punkies, heavies, modes, rockers, poppys, nuevaoleros, modernos, after-punkies, skin heads, siniestros, tecnos, nuevos románticos, psicodélicos, perros callejeros, yuppies, pijos, snobs...), que proliferan en las grandes ciudades.

<sup>12</sup> Cf. CATALA, N. "Consideraciones acerca de la pobreza expresiva de los jóvenes", en F. Rodríguez González (ed.), *cit.* pp. 203 y ss.

<sup>13</sup> RODRIGUEZ GONZALEZ, Félix, "Lenguaje y contracultura juvenil de una generación", *loc. cit.*, pp. 136 y ss.

<sup>14</sup> RODRIGUEZ GONZALEZ, Félix, *loc. cit.*, p. 141.



cuencia, del caló, y acogen algún que otro anglicismo. Es una variedad lingüística que pretende con su expresión dar cohesión e identidad al grupo y, por otra parte, intenta ser, en principio, levemente hermética.

2.- Más importante que el léxico en sí son los recursos que se manejan en la creación léxica. En primer lugar, sorprende el impresionante número de **metáforas** de diversa índole que aparecen. Es un fenómeno típico de todo argot y jerga. Así, por ejemplo, en el léxico de la droga recordamos *viaje*, *hierba* (marihuana), *caramelo*, *chocolate*, *azúcar negra*, *chicle* (hachís de primera calidad), *maria* (marihuana), *estar colocado*, *volar*, *flipar*, *cogerse un globo*, *abanicar* (airear el lugar donde se ha fumado), etc. En unos casos la metáfora utiliza términos positivos, mientras que en otros se eligen los más burdos, como cuando se llama *mierda* a la heroína. A la cárcel se le llama *hotel*, al efecto creciente de la droga *subida*; después de ésta uno puede *quedarse colgado*. Tras un *mal rollo* que es *demasiado*, lo peor es la *bajada*, pero algunos logran *planchar la oreja* o *sobar* durante un tiempo, para evitar *darle al tarro* o *al coco* antes de volver a encontrar al *camello* de turno.

Según Jespersen, en todos los argots del mundo se repiten los mismos campos conceptuales, el mismo tipo de metáforas y semejantes procedimientos de creación lingüística.

Menos frecuentes son las **metonimias** y **sinécdoques**, pero también aparecen algunas. La *blanca* o heroína deja *ciego* al que la consume; la *fumata*, el *pico*, la *papela*, *morrear*, la *nieve* o *polvo* para la cocaína, *lechuga* (billete de mil pesetas), *calzos* (zapatos nuevos), o los apelativos *cuerpo* y *tronco*, son ejemplos de tales procedimientos semánticos, como lo es llamar *soplillos* a las orejas, *pezñas* a los pies, *palillos* a los flacos o *jeans* a los pantalones vaqueros.

Abundante es la **sinonimia**, por la que utilizan bastantes términos para denotar lo mismo. Lógicamente este fenómeno es más frecuente en campos concretos de inmediatez vital, como son la comida, la droga, la bebida, el dinero, lo relacionado con los estudios, las personas, etc. Así, *comer* puede decirse *manducar*, *tragar*, *jalar*, *papear*, *chascar*...; coger una borrachera será coger una *cogorza*, *melo pea*, *mona*, *pedo*, *andar ciego*, *estar bolinga*, coger una *trompa*, una *bomba*, una *merluz*, una *pedete lúcido*, un *mameo*, una *cebolla*, una *pea*, una *tajada*, o *estar cocido*, *tener un puntillo* o *cogerse un ciego*, etc.

En un trabajo de investigación realizado por unos alumnos nuestros sobre el léxico juvenil en los centros de Bachillerato de Valladolid, para denominar los exámenes se recogen catorce palabras diferentes, dieciséis para el recreo y veintitrés para los modos de copiar, por ejemplo. En ese mismo estudio, realizado en diez centros entre jóvenes de 16 a 20 años, con 77 preguntas y un total de 580 encuestas, se recogen veintinueve palabras para denominar la cabeza, treinta y ocho para las personas atractivas, treinta y cuatro para la noche de juerga, dieciocho para los órganos genitales de la mujer, veintisiete para los pechos femeninos, etc. Es decir, que hay considerable abundancia de sinónimos para significar hechos y cosas de la vida cotidiana de los jóvenes.

En cambio, no es frecuente la presencia de **polisemia**. *Chupón* sirve, por ejemplo, para designar a un cura, a un político, a un profesor; *pringao* puede ser borracho, un gitano, un macarra...; *talego* lo mismo se refiere a un billete de mil *pelas* que a la cárcel, o a la cantidad de droga que te dan por aquella cantidad.

Un fenómeno muy característico de esta lengua juvenil es el **disfemismo**. La lengua estándar utiliza habitualmente el eufemismo, utilización de términos semánticamente neutros o positivos para designar hechos, acciones o actitudes vistas socialmente como negativas o escatológicas (llamar *dar a luz* al acto más hermoso de la experiencia humana, o denominar *water* y de mil ridículas maneras al *retrete*, que en origen era "habitación privada de la casa", etc.)

En verdad las palabras que no son ni buenas ni malas, son éticamente inocuas. Lo que hay que cambiar es la mentalidad deturpadora de muchas personas; que por cambiar las palabras no cambiarán la bondad o maldad de las cosas.

Pues bien, el lenguaje juvenil, como reacción contractual, realiza con frecuencia el fenómeno con-

trario, el disfemismo, o sea, aplicar términos burdos o escatológicos a realidades normales del entorno vital, con lo que se ha llenado de vulgarismos. *Tener morro, mierda* "marihuana", *macho, tronco*, esos *jodíos fascistas*, algo está *de puta madre* o *es acojonante*, etc., tienen una connotación negativa que, frecuentados, marca a quien las usa. Por supuesto que, además de los disfemismos, los usuarios de esta jerga juvenil anulan casi todos los eufemismos y tabúes lingüísticos y dicen con total naturalidad y corrección *parir, estar preñada*, etc.

Abundantísima es la utilización de tacos, permanentemente desemantizados, es decir, utilizados como muletillas distintivas del grupo. En este sentido destacan dos procedimientos diferentes de índole sintáctica a la hora de usarlos <sup>15</sup>:

a). Inclusión del grupo expresivo en un sintagma, sin formar parte de él (*Y ése ¿quién coños es?, ¿dónde cojones estás?...?*).

b). El grupo en cuestión forma parte del sintagma y bien ocupa su núcleo (*¿qué leches pasa?...?*) o el hueco de adyacente (*es que no veo ni un puto duro, vaya ayudantes de mierda...*).

En el fondo, es el cultivo de una estética de feísmo en el lenguaje.

Otro fenómeno utilizado en el léxico juvenil es la **hipérbole** o exageración. Llamar *ubres* a los pechos, *focas* a los gordos, *tapón* al bajito, son muestras de ello. Decir eres *un agonías*, tienes *más patas que un saco de arañas*, *se han montado un rollo cósmico* o *ves menos que un topo con legañas*, son frases hechas del argot juvenil con el mismo recurso.

No faltan tampoco las frases **antitéticas** y con **paradojas** en este modo de hablar: *¿Qué hijoputa más simpático!, es más bestia que un bocadillo de gaseosa*, etc.

3.- En todo caso, un rasgo de ironía, sarcasmo y buen humor se percibe en muchos de sus términos y expresiones. *Dejar de fumar* por "morirse", llamar *tartamuda* a la metralleta, *piojos ahumados* a los heavy con el pelo sucio, decir que alguien *es un caracol que va y derrapa*, o que *es más tonto que Abundio, que se cortó una oreja porque la tenía repe*, son ejemplos de ese carácter humorístico que decíamos. Como lo son, también, muchos de los nombres que ciertos grupos musicales juveniles han elegido: *Carne de psiquiátrico, Garrote vil, Peor imposible, Melopea intensiva*, etc.

Vemos, pues, a lo largo de estos datos referentes al léxico, un reajuste entre significantes y significados, una abundante creación de léxico, una notable agudeza e ironía y la utilización abundante de los recursos léxico-genésicos generales en la lengua. Todo ello con una clara intención de romper los moldes convencionales de la lengua estándar y de imprimir un carácter especial a la expresión del grupo. Es, sin duda, una fuente importante de creatividad lingüística, que va dejando marca en la expresión coloquial normal. ¿Quién no sabe hoy qué es la *movida*, un *cupata*, el *chocolate*, o no entiende cuando oye *¿pasa contigo, tío?*

De este léxico juvenil una parte minoritaria ha pasado y pasará a la norma estándar, y de todo ello un grupo reducido de términos dejará marca en la lengua de la prensa, en parte de la literatura escrita y mayor en la expresión popular general.

4.- Esta jerga juvenil de la que venimos hablando utiliza también una serie de recusos morfológicos, que le dan un aspecto particular. Uno de los fenómenos que más llama la atención es la proliferación de los sufijos *-ata, -ota, -eta* y *-uta*. Propiamente es el sufijo *-ta* precedido de la vocal de transición correspondiente (*porrata, tocata* "tocadiscos", *fumata, sociata, camata* "camarero", *drogota, pasota, pasmarota* "policía", *fumeta, porreta, bareta, bisuta*,...).

Son numerosísimos los cortes de palabra preferentemente por **apócope** (*mili, depré, neura, porno, anfeta*,...); algunos de ellos añaden la terminación *-a* u *-o*: *legía* "legionario", *anarco, masoca, majara, sadoca*,... Otros se apoyan en diferentes morfemas propios, como *gasofa* "gasolina", *sudaca, garrabo*,...

A estas palabras recortadas hay que añadir todas las que aparecen en el registro coloquial popular

---

<sup>15</sup> Cf. HERRERO, Gemma, "El coloquio juvenil en los comics marginales", en F. Rodríguez González (ed.), *cit.*, pp.179 y ss. y *Aproximación a la lengua coloquial en los comics españoles* (1980-1983), tesis doctoral inédita, Universidad de Valladolid, 1986.

con semejante amputación.

5.- En el nivel **sintáctico** y **morfosintáctico** también encontramos algunas peculiaridades. Pero ello no permite decir, bajo ningún concepto, como hizo F. Umbral<sup>16</sup>, que el verdadero cheli reside en la sintaxis. En primer lugar señalaremos el cambio de estructuras sintácticas respecto a la norma estándar. Son pocas pero llamativas: Construcciones intransitivas en la lengua general pasan a construirse como transitivas o como atributivas, y viceversa (*ir de + adjetivo* "actuar o comportarse como": *ir de moderno, o de legal; currárselo, abrirse* "marcharse"; *enrollarse, colocarse, engancharse; dar de, tirar de: tirar de pipa; hacerse con, quedarse con, montárselo de, etc*).

Abunda la perífrasis *es que*, incluso precediendo al verbo *ser* (*lo tuyo es que es demasiado*); es muy frecuente la utilización del *que* ilativo (*que no te dé corte, tío*), la partición de un *como* aproximativo (*lo tuyo es que es como demasiado*); y destaca asimismo la elisión de elementos (*¿pasa contigo?*).<sup>17</sup>

A estos fenómenos sintácticos hay que añadir los propios del lenguaje coloquial general, como son las dislocaciones sintácticas, oraciones sincopadas y apocopadas, frases cortadas e interrumpidas, etc. Estos fenómenos generales de la expresión coloquial popular son mucho más abundantes que los específicos del habla juvenil; pero éstos se reiteran con tal profusión que da la impresión de algo mucho más cuantioso de lo que en realidad es.<sup>18</sup>

En lo referente a la **fonética** los cambios son escasos. Podemos destacar una pronunciación fricativa de la **ch** (*musaso*), un alargamiento de la **s** (*passsa...*), metátesis de algunas consonantes (*objeto* por *objeto*), la **prótasis** coloquial popular (*arrodear...*), así como los restantes cambios fonéticos del registro popular: confusión de fonemas (*calne, agüelo, ...*), supresión de consonantes (*cantao, dotrina, ...*), diptongaciones y monoptongaciones indebidas, sincopas (*tiés, muchismo, ...*), apócopies, aféresis (*ta luego, ...*), etc.

6.- Hemos visto hasta aquí algunos de los rasgos más característicos de la lengua juvenil, sus porqué y su marco. Es evidente que se trata de una jerga o argot perteneciente al registro popular coloquial, de extensión reducida y de moda en los últimos lustros. No me atrevería yo a decir que es una norma de una generación, pues son varias las que lo utilizan, aunque en distinta proporción, y porque no sabría con qué concepto de generación quedarme. Tal vez sí podemos admitir que es una manifestación de contraste entre unas y otras generaciones.

Las variaciones léxicas, morfológicas, sintácticas y fonéticas se enmarcan dentro del español popular coloquial y no creemos que afecten al diastema de la lengua. Los cambios de una lengua exigen un tiempo muy largo para quedar en la lengua; es un proceso de muchas generaciones que, admitiendo el cambio y aceptándolo como norma general, renuncian al punto de partida.

Y en la lengua juvenil no vemos la unidad a lo largo del mundo hispanohablante, sino normas particulares (de países, de regiones,...) con un soporte común y recursos idénticos. Son, pues, cambios de uso, no de las estructuras de la lengua.

Por otra parte, las variaciones percibidas se dan casi en su totalidad en la epidermis de la lengua, en la parte más llamativa -eso sí- pero no en el armazón de sus estructuras.

Ha habido revoluciones sociales y políticas muy importantes a lo largo de la historia, con un len-

<sup>16</sup> UMBRAL, F. *Diccionario cheli*, Barcelona, 1983. p. 80.

<sup>17</sup> Cf. CATALA, N. *loc. cit.*, p. 215.

<sup>18</sup> Véase, entre otros, LASSALETA, M. *Aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano*, Madrid, Insula, 1974. LORENZO, E. "Consideraciones sobre la lengua coloquial" en *Comunicación y lenguaje*, Madrid, Karpos, 1977; LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, A. "Consideraciones sobre el español actual", *Anuario de Letras*, XVII, México, 1980; VIGARA, Ana M<sup>a</sup>, *op. cit.*; BEINHAEUER, W., *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1978; y nuestros trabajos "Comentario de un texto coloquial", *Hispanic Journal*, IV, 2, Indiana, Pa., 1980, pp. 89-104, y *Así hablamos*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular, 198.

guaje propio, y apenas han dejado huella en nuestra lengua. Y es que no se puede olvidar que los sistemas de la lengua evolucionan siguiendo sus leyes internas, por presión de los hablantes, pero al ritmo que la lengua impone. Es, sí, un organismo con vida propia, que le viene de la vida que le dan sus hablantes.

Si hiciéramos un porcentaje de los hablantes que hoy utilizan habitualmente esa jerga juvenil respecto a los más de 450 millones de hispanohablantes del mundo, mucho nos tememos que sería apenas insignificante el resultado.

Esta jerga tiene su mecanismo de difusión y potenciación, los medios de comunicación, preferentemente orales y audiovisuales; pero ni aun con ese potentísimo difusor creemos que deje importante huella en nuestra lengua la expresión lingüística juvenil.

Curiosamente, además, cuando estos jóvenes que utilizan tal argot se encuentran en ambientes distintos (trabajo, Universidad, administración, etc.), utilizan automáticamente la norma estándar, salvo en algún *tic* lingüístico ya generalizado y admitido. Esto nos dice que ellos mismos tienen conciencia de que su expresión específicamente juvenil no es más que una variante admitida en determinados ambientes y ocasiones. Se trata, pues, con todas las reservas necesarias, de una situación de "diglosia" y no de bilingüismo, que sería su objetivo y anhelo.

¿Qué actitud tomar ante la lengua juvenil?. Por supuesto, admitirla, aceptarla, conocerla y ponerla en su sitio. El ideal de una persona que quiere o cree dominar una lengua -y nadie la domina enteramente- es conocer todas las variantes diatópicas o geográficas, diastráticas o de registro sociocultural, y acomodar la expresión a cada lugar, momento, personas, ambiente y situación.

Rechazar una variedad que tiene tanta fuerza como ésta que hemos estudiado, provocará la utilización más enrabietada y desproporcionada de la misma, como reacción. Si es una manifestación de contracultura, reprimirla o coartarla llevará necesariamente a su potenciación.

Y no pensemos ingenuamente que esto es la causa de la extraordinaria pobreza expresiva de la juventud. Si los jóvenes la tienen, no es precisamente por utilizar esa jerga juvenil, sino por otras razones mucho más complejas, como son la ausencia de lectura, la carencia de intereses culturales, la pobreza expresiva de los medios de comunicación, la disminución del nivel cultural en todos los ámbitos, la escasa formación, etc.

Hay que enriquecer nuestra expresión lingüística; es nuestro deber y derecho. Pero este objetivo no se logrará con rechazar o criticar ese lenguaje juvenil.

Y si pensamiento y lenguaje son una misma cosa, y a través del lenguaje se desarrolla nuestra inteligencia, esa obligación de enriquecer nuestra lengua se convierte en imprescindible. "Dime cómo hablas y te diré cómo eres". Sin duda, a través de la expresión lingüística, podemos conocer a las personas y podremos saber cómo piensan. Pero, cuidado, hablo de enriquecer nuestra expresión lingüística y de reconocer el modo de pensar de los hablantes a través del lenguaje, no hablo de la verborrea de algunos, ni de tanto "piquito de oro", que fácilmente arrastran a las gentes con "fuegos artificiales lingüísticos".

Ahí queda, pues, como testigo de unas generaciones jóvenes, un modo de expresarse, un código restringido, creativo, irónico, agresivo, rutinario, desmitificador, bastante materialista y contracultural.

¡Que todos veamos otros muchos como éstos en generaciones venideras!